

CAPITULO XIII.

1542-1545

El Adelantado confía á su sobrino la misión de pacificar el Oriente de la península.— Campaña que se emprende con este objeto.— Sujecion de los Cocomes.— Aventura de Alonso Rosado.— Dificultades que los españoles experimentan en el territorio de los Cupules.— Fundacion de Valladolid en Chauaháa.— Trasládase despues á Zací.— Se encomienda á Gaspar Pacheco y su hijo la conquista de Bakhalal.— Fundacion de Salamanca.

La difícil empresa que la familia Montejo había tomado á su cargo, no podia darse por terminada, miéntras no depusiesen las armas los Cocomes, los Cupules y aquellas tribus belicosas de Bakhalal, que habían resistido á los esfuerzos de Alonso de Avila. Así lo comprendió el viejo Adelantado; y luego que tuvo noticia de los sucesos referidos en el capítulo anterior, ordenó que se llevase adelante la conquista hasta la provincia de Conil. Confió el mando de esta empresa á su sobrino y le nombró teniente de gobernador y capitán general de la villa que debía fundarse en aquella region. El documento oficial

en que constan estas disposiciones, fué otorgado á 13 de Marzo de 1542 en Ciudad Real, capital de Chiapas, de cuya provincia aun era gobernador el signatario. No contiene otra particularidad notable, que la de ordenar al capitán que ántes de hacer la guerra á los indios, los exhorte á reconocer el dominio español, y que solo en caso de encontrar resistencia, pueda sujetarlos con las armas.

Recibidas en Mérida estas órdenes, el agraciado creyó necesario solicitar la ayuda de su primo, quien no vaciló en otorgársela. Quedáronse en la ciudad las autoridades y una pequeña porcion de vecinos, y el resto del ejército se dividió en dos fracciones: una que marchó sobre Sotuta á las órdenes del hijo del Adelantado, y otra que se dirigió al territorio de los Cupules por los caminos inmediatos á la costa, la cual era conducida por el mas jóven de los Montejos.

El primero de estos dos capitanes experimentó grandes contrariedades en su viaje. Nachi Cocom, que esperaba ya la invasion de sus dominios, había organizado una hábil defensa, que se hallaba en consonancia con su patriotismo salvaje. Como en el tránsito de Campeche á T-hó, los españoles encontraron los caminos obstruidos con toda clase de obstáculos, y á cada instante eran víctimas de emboscadas y sorpresas de todo género. Unas veces oían silvar las flechas sobre sus cabezas sin saber de donde partian, otras eran acometidos por turbas armadas que aparecian y desaparecian entre la espesura del bosque. Montejo solo se detenía el tiempo necesario para despejar el camino, pues su único afán era llegar á Sotuta con la esperanza de que destruido allí el núcleo de las hostilidades, quedaria pacificada toda la comarca.

Venciendo por fin toda clase de dificultades, llegó á las inmediaciones de aquella poblacion, donde Cocom había reunido todas las fuerzas de que pudo disponer, para atajar el paso á

su enemigo. Montejo, obsequiando las disposiciones de su padre y las que la corte había expedido para casos de esta naturaleza, exhortó á los indios á deponer, las armas y á reconocer el dominio del rey de Castilla. Una lluvia de piedras y de flechas fué la única contestacion dada á esta arenga, y por la milésima vez acaso en esta desastrosa guerra de conquista, una reñida batalla se armó entre extranjeros y naturales. Solo que esta vez el éxito en favor de los primeros, no se hizo esperar mucho tiempo. Nachi Cocom, reducido ahora á los recursos de su cacicazgo, no tardó en apelar á la fuga, seguido de todos los suyos.

En esta ocasion tuvo lugar un incidente, que merece referirse. Luego que los defensores de Sotuta volvieron la espalda á sus enemigos, éstos, excitados con el calor del combate, se propusieron seguirlos al través de la selva. Alonso Rosado fué de los primeros que se destacaron del campo de batalla con este objeto, y sin volver los ojos hácia atrás para contar el número de los que le seguian, se internó entre la espesura, buscando indios para batirlos. El caballo, que parecía animado de los mismos sentimientos de su jinete, galopaba rápidamente bajo los árboles, hasta que Rosado, sorprendido del silencio que reinaba en torno suyo, se detuvo para examinar el lugar en que se hallaba. Entónces fué cuando advirtió que estaba completamente solo. Ningun español, ningun indio se veía en toda la extension del radio, que pudo sondear con los ojos. El sol estaba próximo á ocultarse en el horizonte, y temeroso de que le sorprendiese la noche en aquel despoblado, intentó volverse al campamento. Pero buscó inútilmente el camino. En su afan de perseguir á los vencidos, habia dejado al caballo correr á su capricho; y desconociendo completamente la topografía del terreno y no encontrando sendero que le guiase, vagó infructuosamente algunas horas por el bosque. Empleó en esta tarea el resto del día, y no le quedó otro recur-

so que el de pasar la noche al abrigo de un árbol, y sin mas compañía que su caballo y su lanza. No era éste ciertamente el único punto de contacto, que el bravo capitán tenia con los caballeros andantes, á quienes todavía no habia puesto en ridículo el ingenioso manco de Lepanto.

En el campamento español, causó una sensacion dolorosa la falta de Alonso Rosado, la cual fué notada luego que estuvieron de vuelta los que habian salido al alcance de los indios. Francisco de Montejo organizó dos partidas, compuestas de soldados de á pié y de á caballo, las cuales recorrieron en todas direcciones las cercanías del real, sin encontrarle. Sus compañeros de aventura le creyeron entónces muerto ó prisionero, y no faltaría algun rudo castellano, que despues de haber empapado aquel día sus manos en sangre maya, rezase un *Pater Noster* por el descanso del alma de su compatriota. Al cabo de dos días, sin embargo, y cuando ya Montejo se disponia á levantar el campo, un caballero que dejaba ver en su talante la huella de las privaciones á que habia estado sujeto, penetró con paso lento en su tienda. Era Alonso Rosado, que no habia comido ni bebido desde el día de la batalla y quien, despues de las angustias que pasó para huir de los indios que recorrían el bosque, habia al fin encontrado el camino del campamento.

El sobrino del Adelantado no experimentó ménos dificultades que su primo, en su expedicion por los pueblos de la costa. Aquella region era quizá la mas poblada de la península en la época de la conquista, y el jóven capitán tenia diariamente encuentros con los indios, á los cuales era forzoso batir despues de las acostumbradas, pero inútiles gestiones, de que depusiesen las armas y se sujetasen al rey de Castilla. Las probanzas de los conquistadores de Valladolid debieron estar atestadas con los hechos de armas acaecidos en esta jornada; pero Cogolludo se negó á transmitirlos á la posteridad, limitán-

dose á decir que habria sido larga y prolija su narracion (1). Cualquiera que hubiese sido su importancia, D. Francisco salió triunfante de todos, y al cabo de algun tiempo se reunió á su primo, sin duda con el objeto de penetrar con una fuerza respetable, en el indómito territorio de los Cupules.

No se sabe con exactitud la fecha y el sitio en que se verificó esta reunion. Es lícito conjeturar, sin embargo, que se verificaría ya entrado el verano de 1542, y hácia Chichen Itzá ó sus inmediaciones, para donde acaso se dieron cita los dos capitanes, como lugar muy conocido de ámbos. Tampoco particulariza la historia las acciones de guerra que se libraron, luego que ambas fuerzas estuvieron reunidas. Pero hay documentos fehacientes (2) para comprobar que los invasores estuvieron sujetos entónces á grandes peligros y privaciones. Ni podía ser de otra manera, porque los indios orientales eran los mas aguerridos de toda la península y estaban orgullosos con el éxito de la campaña de 1529, en que habian expulsado á los españoles de su territorio. Algo habian disminuido su orgullo las recientes derrotas de Xpeual y de T-hó; pero todavía se hacian la ilusion de creerse invencibles en sus bosques.

Así, fuera de las emboscadas y escaramuzas con que fatigaban al invasor en su marcha hácia Conil, prepararon otro género de guerra, que por poco dá al traste con la constancia española. Cegaron los pozos, escondieron los víveres é incendiaron sus habitaciones en todo el trayecto que debian recorrer sus enemigos. Cuando éstos abrumados por el ardor del clima y acosados por el hambre y por la sed, llegaban á una poblacion con la esperanza de encontrar en ella el remedio de todas sus necesidades, no encontraban en torno suyo mas que

(1) Historia de Yucatan, libro III, capítulo IX.

(2) Véase la carta que en 14 de Junio del año siguiente dirigieron á Carlos V los conquistadores de Yucatan, y de que mas adelante nos ocuparemos.

ruina y desolacion. Las casas humeaban todavía entre los últimos resplandores del incendio: no se veia un indio á quien dirigir la palabra, y eran vanos cuantos esfuerzos se hacian para encontrar una gota de agua ó un puñado de maíz en aquel desierto. En tan críticas circunstancias solia oirse el grito de algun desesperado que pedia de beber en cambio de su vida, y aun alguna amenaza de abandonar esta tierra ingrata, cuya conquista no ofrecia mas que sinsabores. Pero no era lo mas comun entregarse á estas vanas declamaciones. Lo frecuente era que se esparciesen por los campos, sin cuidarse de averiguar los peligros que correrian en estas incursiones, para buscar los sitios en que los naturales habian escondido á sus mujeres é hijos, al abandonar sus pueblos. Cuando tenian la dicha de topar con algunos de estos escondrijos, se arrojaban sobre las vasijas de agua y las tortillas de maíz que allí descubrian, y las devoraban en presencia de la desolada familia que las habia preparado para su consumo. Y ay! del que osase defender sus víveres, porque los hambrientos españoles pasaban sobre su cadáver para conquistarlos.

A pesar de todas estas contrariedades y privaciones, el ejército invasor continuaba victorioso su marcha hácia el Oriente. Pocos meses despues de la reunion de los dos Montejos, el hijo del Adelantado tuvo necesidad de volver á Mérida con el objeto de allanar algunas dificultades que la colonia experimentaba en los primeros dias de su existencia, y de que mas adelante nos ocuparemos. La empresa quedó desde entónces encomendada exclusivamente á su primo, y el jóven capitán no tardó en dar gloriosas señales de que era digno de la eleccion que habia hecho en él el jefe de la familia. Tan activas fueron las operaciones que emprendió, que hácia la primavera de 1543, sus soldados se paseaban ya impunemente por el extenso territorio de los Cupules. Creyó entónces llegado el momento de fundar la poblacion española, que tenia prescrita en sus ins-

trucciones, y con este objeto reunió á toda su gente en un pueblo llamado por los indios *Chauaháa*.

Este fué el sitio elegido por entónces para hacer la fundacion, la cual tuvo lugar á 28 de mayo de 1543. Dióse á la villa el nombre de *Valladolid*, y Francisco de Montejo fué reconocido como teniente de gobernador, capitán general y justicia mayor, en vista de los despachos de su tío el Adelantado, en que se le conferian estos nombramientos. El escribano Juan López de Mena levantó el acta de fundacion, la cual terminaba como la de Mérida, invocando la proteccion divina sobre un establecimiento, que debía contribuir á la difusion del cristianismo en aquella tierra de infieles. El jefe de la colonia procedió en seguida al nombramiento de funcionarios públicos. Recayó el de alcaldes en Bernardino de Villagómez y Francisco de Zieza; y el de regidores en Luis Diaz, Alonso de Arévalo, Francisco Lugones, Pedro Diaz de Monjíbar, Juan de la Torre, Blas Gonzalez, Alonso de Villanueva y Gonzalo Guerrero (3). La historia tampoco ha echado en olvido los nombres de los primeros pobladores de Valladolid, y los encontrarán en el apéndice (4) aquellos de nuestros lectores, que quieran conocerlos.

Chauaháa distaba en línea recta seis leguas del *Cuyo*, puerto situado en la costa septentrional de la península. Los españoles habian elegido aquel asiento para su colonia con el principal objeto de hallarse en el mayor contacto posible con las naves españolas, que comenzaban á surcar el golfo de México. Pero pocos meses despues de la fundacion se habia observado que el lugar era harto enfermizo y mal sano, á causa

(3) El lector encontrará en esta lista los nombres de algunos vecinos y aun de algunas autoridades de Mérida. Consiste esto en que todos los conquistadores estaban siempre dispuestos á salir á campaña, á pesar de los oficios que desempeñaban, y realmente hasta el año de 1545 en que terminó del todo la conquista, fué cuando quedaron avocindados de la manera que constan en las relaciones que se publican en el apéndice.

(4) Véase el número 8.

tal vez de su proximidad á la ciénega. Algunos castellanos y varios de sus criados indios habian descendido en corto tiempo al sepulcro, y el resto de sus habitantes contrajo tal número de enfermedades, que se llegó á temer que su debilidad y extenuacion incitase á los indios á sublevarse. En tan crítica ocasion ocurrieron con sus quejas al Adelantado, que desde Chiapas continuaba gobernando á la península—puesto que su hijo y su sobrino no eran mas que sus tenientes—y el viejo soldado respondió que se mudase la villa á Conil, donde de antemano habia dispuesto que se fundase.

Pero los colonos no se conformaron con esta decision, porque decian que si en la vecindad de la costa se enfermaban, con mayor razon enfermarian en la costa misma. Su mayor deseo era trasladarse á Zací, pueblo indio aclamado por sano en todo el país, y que hasta ahora conserva su reputacion. Pero como el teniente de gobernador se hacia sordo á este clamor popular, el procurador de la villa, Pedro de Molina, le presentó en 14 de marzo de 1544 un memorial escrito, en que despues de pintar las decepciones que se habian experimentado en Chauaháa, pedia que la colonia fuese trasladada á Zací, donde además de la bondad del clima, abundaban la leña, las aguas y los pastos. Concluia el documento con la enérgica protesta de que si Montejo no accedia á esta justa peticion, el cabildo le haria responsable de los males que pudiesen sobrevenir á la villa y le amenazaba con elevar su queja hasta el trono mismo de Carlos V. El teniente de gobernador, por causas que ignoramos, respondió á esta solicitud que *la oia*, frase un tanto esquiva del lenguaje oficial, y lo mismo respondió en 17 y 19 del mismo mes, en que fué reiterada por su autor. Entónces los regidores, que aunque debian su nombramiento á Montejo, se consideraban con los mismos derechos que él sobre la tierra conquistada, mandaron sacar una copia autorizada del memorial del síndico con el objeto de enviarla á la corte. En esta actitud del

cabildo, el capitán comenzó á cejar y mandó levantar una información jurídica sobre los capítulos contenidos en la solicitud. Por supuesto que la información salió al gusto de los quejosos y se celebró con tal prontitud, que pocos días después, es decir el 24 de marzo de 1544, los colonos llegaron á Zací, donde desde entónces quedó definitivamente erigida la villa de Valladolid.

Quedaba solo por conquistar la provincia de Bakhahal, y la esperanza, no perdida aún, de encontrar minas en su territorio, habia hecho á mas de un codicioso aventurero dirigir hácia aquel rumbo su mirada. Adelantóse á todos el capitán Gaspar Pacheco, quien á 3 de enero de 1543, exhibió ante el Ayuntamiento de Mérida unos despachos del Adelantado Montejó en que se le confiaba la misión de conquistar aquella remota provincia, con el título de teniente de gobernador y capitán general; y pedía que en virtud de ellos se le permitiese pasar á la Nueva España en unión de su hijo Melchor y de Alonso López de Zarco, á reunir los elementos que necesitaba para acometer su empresa. El Ayuntamiento, que por aquella época habia ya tomado la resolución de no consentir á ningun español salirse de la península, sino por motivos muy graves, respondió al peticionario que ocurriese al teniente de gobernador. No sabemos si éste concedió la licencia, ni si se verificó el viaje de Pacheco; pero hay motivo para creer que ambos sucesos tuvieron lugar, porque la campaña de Bakhahal no se emprendió, sino hasta el año de 1544. Muchos vecinos de Valladolid y de Mérida tomaron parte en la empresa, no solo por las *doradas* ilusiones que en sí misma encerraba, sino porque ningun conquistador podia estar tranquilo, miéntras no estuviese sometida toda la tierra.

Ni Gaspar Pacheco ni su hijo eran novicios en aventuras del género de la que iban á acometer. Ambos habian tomado parte, algunos años atrás, en la conquista del país de los Zapo-

tecas, y cuando el hijo de Montejó hizo en 1539 un viaje á la Nueva España, los encontró de jefes de una población española, llamada S. Ildefonso, que habian fundado en aquel territorio. Invitólos á tomar parte en su empresa de Yucatan, y habiendo aceptado uno y otro sus proposiciones, se presentaron en Campeche hácia el año de 1540 con veinte soldados de á caballo, que cooperaron eficazmente á la conquista de la península. Tal vez en premio de estos servicios, el Adelantado confió á D. Gaspar la sujeción de Bakhahal, y el éxito no tardó en demostrar que su elección no habia sido desacertada. Es verdad que éste se enfermó durante la campaña y tuvo necesidad de volver á Mérida; pero su hijo la continuó con todo el valor y la perseverancia, que su juventud le permitian.

Bakhahal no era ya aquel pueblo indomable, que habia resistido á los esfuerzos de Alonso de Avila. El teatro era el mismo; pero los actores habian cambiado. Los caciques de esta provincia habian sido siempre aliados de los Cupules, y las derrotas de Xpeual y de T-hó y las invasiones sucesivas de los españoles habian consumido un gran número de sus guerreros. Además, estaban ya solos en la contienda, porque los indios orientales que no quisieron soportar el yugo extranjero, habian emigrado en masa al Peten y hácia los confines de Guatemala. A pesar de todos estos accidentes que debilitaban su poder, los hijos de Bakhahal se propusieron luchar hasta donde alcanzasen sus fuerzas, y el último baluarte de la independencia maya no cayó sin estrépito en poder del invasor.

Melchor Pacheco encontró en su empresa el mismo género de dificultades con que los dos Montejos habian tropezado en Sotuta y en el Oriente. Los caciques se defendieron al principio en sus propios pueblos, y luego se esparcieron por el campo con sus vasallos, dispuestos á proseguir la guerra. Los españoles lucharon por mas de un año contra estas hordas que

vivían en perpétuo movimiento, y contra el hambre, la sed, las enfermedades y los mosquitos, que abundan en aquella region, cubierta de pantanos. Por fin, hácia el otoño de 1545 los últimos rebeldes depusieron las armas ó emigraron al Peten, y entónces Pacheco echó los cimientos de una poblacion española, á que dió el nombre de *Salamanca*, probablemente en el mismo asiento en que diez y siete años ántes había sido fundada *Villa Real*. Solo nombró un alcalde y unos cuantos regidores que ejerciesen el poder municipal, porque muy pocos conquistadores quisieron avecindarse en la nueva colonia, á causa sin duda de las malas condiciones higiénicas, de que la había dotado la naturaleza.

La fundación de Salamanca fué considerada por los conquistadores de Yucatan como el último acto de la empresa iniciada en 1526, y los que sobrevivieron á ella, creyeron que podían envainar ya sus espadas para gozar del fruto de su victoria. Ya veremos cuántas decepciones vinieron luego á disipar esta creencia, y cuántos de los que la abrigaban entónces, maldijeron despues el dia, en que habían puesto los piés en la península.



CAPITULO XIV.

Reflexiones sobre la conducta de Montejo y sus compañeros de aventura.—Derecho de conquista, fundado en la bula de Alejandro VI.—Fr. Bartolomé de Las Casas.—Su vida.—Se interesa en favor de los americanos.—Libros que escribe para alcanzar su objeto.—Acusaciones que lanza contra los conquistadores de Yucatan.—Motivos que le impulsaron á exajerar las crueldades cometidas por los españoles en el Nuevo Mundo.

Hemos hecho asistir á nuestros lectores al drama sangriento de la conquista, sin detenernos, sino muy raras veces, á comentar los grandes sucesos, que caian bajo el dominio de nuestra pluma. Pero hoy que los actores ván ya á desaparecer de la escena, nos parece conveniente juzgarlos, con toda esa imparcialidad que tienen el derecho de reclamar de la historia. Si los hombres no son precisamente los que conducen los sucesos en que toman parte, son por lo ménos los instrumentos de que la Providencia se vale para ejecutar sus designios; y la posteridad, lo mismo que sus contemporáneos, tiene el derecho de llamarlos á juicio para examinar cómo cumplieron la mision que desempeñaron en la tierra.